

La historiografía contemporánea actual

Carlos SECO SERRANO

Contemplada desde las alturas de nuestro tiempo, con perspectiva de amplitud secular, podemos establecer un saldo eminentemente positivo para la historiografía española, desde sus niveles de 1900 a los que hoy ha llegado a alcanzar; y ello nos infunde, a su vez, un bien cimentado optimismo ante el horizonte del futuro.

En una síntesis estricta —con todas las reservas que cualquier síntesis ofrece siempre—, esa labor historiográfica nos brinda, en un imaginado perfil, dos cumbres: la que asciende desde los comienzos de la centuria hasta la plenitud de los años treinta; y la que, tras el profundo valle que abrió la guerra civil, remonta lentamente obstáculos ideológicos y dificultades técnicas, para alcanzar una nueva meta prometidora en nuestros días. La primera cima, la escalaron los medievalistas; la actual ha sido conquistada por los contemporaneistas. De cara a las inquietudes que, desde luego, puede suscitar-nos, como un reverso, la brillante realidad que hoy despunta, bueno será detenernos en el espíritu —o en el talante, si lo prefieren— que hizo posible la primera culminación, a comienzos del siglo, permitiendo al mismo tiempo salvar la continuidad sobre la ruptura provocada por las intransigencias de nuestra incivil discordia.

El espíritu de la historiografía que abre un brillante capítulo a comienzos de siglo, lo definió ya Menéndez Pelayo, quien distanciando su propio grupo generacional del que había culminado en la agitación convulsiva del llamado «sexenio democrático», escribió, refiriéndose a los hombres maduros con los que convivió en su etapa estudiantil: «La generación presente se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente (es decir, la suya, la de don Marcelino), si algo ha de valer, ha de formarse en las bibliotecas». Don Marcelino oponía un «modelo» de trabajo y de investigación que sustituía los foros y cenáculos estrepitosos por el recogimiento del gabinete o del laboratorio, en un clima remansado, el de la Res-

tauración canovista, que permitiría ganar el tiempo perdido durante dos tercios de siglo. Menciono a Menéndez Pelayo porque sin él sería difícil explicarse la historiografía que hizo el prestigio de la universidad española en el primer tramo de nuestra centuria.

Es el rigor científico de estos sabios de la llamada *generación de la Restauración* —Menéndez Pelayo, Hinojosa, Codera, Ribera—, el que abre camino, con su magisterio y orientación, a los grandes *renovadores universitarios* que ilustran el primer tercio del siglo XX —generación del 98, generación del 14: Menéndez Pidal, Gómez Moreno, Asín Palacios, Altamira, Ballesteros, Sánchez Albornoz, Américo Castro...—. Pero estos últimos han vivido, además, intensamente la crisis nacional del fin de siglo. Orientados al descubrimiento de las raíces de España, haciendo una rigurosa labor de especialistas en el Medioevo, se movían desde una profunda pasión vinculada a las vivencias contemporáneas, y en conexión con los cauces que el regeneracionismo estaba tratando de abrir para la construcción de una nueva universidad y de un nuevo ámbito político. Al hablar de ellos, y de lo que ellos hicieron, es preciso, pues, referirse a un organismo fundamental para el desarrollo de la sociedad y de la cultura en esa misma época, y que tiene sus antecedentes en la Institución Libre de Enseñanza. Me refiero a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada por R. D. de 11 de enero de 1907, en el mismo arranque del *Gobierno largo* de Maura, y ocupando la cartera de Instrucción Pública Amalio Jimeno. En 1910, la Junta se proyecta en el Centro de Estudios Históricos, creado a su vez por R. D. de 18 de marzo, apenas iniciado el Gobierno Canalejas; el 3 de junio, por otro R. D. nace la Escuela Española de Roma para Estudios de Arqueología e Historia, dependiente del Centro de Estudios Históricos. Y el primero de octubre de este mismo año, se inaugura la Residencia de Estudiantes, por lo pronto en la calle Fortuny, de Madrid, consagrada con la visita del Rey Alfonso XIII en febrero de 1911.

Puede resultar engorrosa tal acumulación de datos y fechas cuando estamos tratando de definir las características de la historiografía española del comienzo de siglo. Pero es que estos organismos —Junta de Ampliación de Estudios, Centro de Estudios Históricos, Residencia de Estudiantes— son el exponente más brillante y significativo del despliegue intelectual de una etapa quebrada fatalmente por el infortunio nacional de 1936. Ese despliegue, potenciado y canalizado por las referidas instituciones, se produce en tres dimensiones: la solidaridad y colaboración entre los investigadores, por encima de credos y de ideologías; la conexión con lo europeo y con cuanto fuera de nuestras fronteras se hace en el momento; la apertura de caminos metodológicos como los que propician Menéndez Pidal, Gómez Moreno o Asín Palacios, por no mencionar más que aquellas cotas inmarcesibles, no ya en el panorama español, sino en el cuadro universal de la ciencia. A esos caracteres hay que añadir dos notas más: la preocupación social, que se hace evidente a través de la obra de Rafael Altamira, en la fundación de la Extensión Universitaria Española, abierta a extensos sectores sociales prácticamente

ajenos a ella; y una réplica de esperanza, de fe en los propios destinos, «desde» un pasado que no se contempla, en todo caso, según los criterios del Menéndez Pelayo de los «Heterodoxos», sino según la pauta, eminentemente liberal, del propio Altamira en su «Historia de España y de la civilización española», modelo que deja amplio margen a los aspectos jurídicos e institucionales —una vez más, sociales en definitiva—. Rafael Altamira da, probablemente, la imagen más exacta de lo que fue el impulso renovador y entusiasta de aquella cantera historiográfica de nuestra preguerra, empeñada en lograr el despertar definitivo de la España eterna. Junto a él, Menéndez Pidal aparece menos «comprometido»; situado siempre en el clima estricto de la pura investigación científica, y aparentemente tan distante de la militancia conservadora de Menéndez Pelayo como del decidido compromiso político de Altamira. Pero la extraordinaria calidad científica de su mensaje está vinculada siempre al Centro de Estudios Históricos, del que fue decidido director y propulsor, precisamente en cuanto concreción de la gran democracia abierta de las ciencias y las letras.

Una vez más, como en el caso de Menéndez Pelayo, conviene revisar el supuesto encasillamiento, metodológicamente hablando, de la obra de don Ramón en una dimensión no más que *erudita*. Si el erudito es, *estricto sensu*, un benemérito compilador de materiales —como lo fue en la misma época Benito Sánchez Alonso—, no cabe duda de que la definición queda corta en el caso del gran maestro de maestros; porque precisamente el mérito de Menéndez Pidal radica en su capacidad creadora sobre la base de una renovación hermenéutica como la que supuso su tratamiento de las crónicas, en la búsqueda y rastreo de los «Cantares de Gesta» y —a la inversa— en el análisis de lo estrictamente histórico, envuelto en el ropaje literario. Y del mismo modo que es preciso liberarlo del alicorto encasillado de «lo erudito» a secas, también conviene no confundir a don Ramón con un simple exponente de la escuela positivista, pese a ser la escuela positivista la más acreditada en la historiografía española de la época, precisamente por su empeño de salvar distancias respecto a las ciencias exactas: piénsese en el caso de Antonio Ballesteros y en su ingente obra atendida al dato minuciosamente comprobado, pero desprovisto de una inquietud interpretativa que está en cambio siempre alerta en Claudio Sánchez Albornoz, pese a su lejanía del ensayismo propiamente dicho. La admiración y la amistad de Sánchez Albornoz hacia Ortega y Gasset, el maestro indiscutible de la generación del 14, ponían en don Claudio, junto a la exigencia de rigor característica de aquella, una inquietud literaria que le daba alas para huir del achaque que el propio Ortega había denunciado con sarcasmo en el positivismo erudito tan respetado en la época, al hablar de la «datofagia» de determinados historiadores, para calmar la cual uno se sentía tentado de lanzarles a la boca —como a los canes que reclaman un trozo de carne— algún «dato» para que masticasen.

El positivismo presidió la obra de los contemporaneistas de la época. Los estudios de historia contemporánea en los años del reinado de Alfonso XIII y de la II República, ofrecen una doble característica: de una parte, aparecen

escasamente interesados por la nebulosa zona central del siglo XIX: por lo general, las referencias a aquella centuria echan mano siempre del arsenal, ciertamente oceánico, del gran analista Pirala —cuyo lamentable reverso es su escaso espíritu crítico frente a las fuentes documentales que utilizó—. De otra, no se ponen fronteras temporales para la historia más próxima. Curiosamente, estos historiadores —un ilustre universitario, Pío Zabala, continuador de la obra de Altamira para la etapa contemporánea; un intelectual cien por cien, formado en el cultivo del periodismo y de la crítica literaria, Fernández Almagro. Tanto estos como los políticos volcados a la retrospectiva histórica —un Gabriel Maura, un marqués de Lema—, militan ideológicamente en el maurismo, y el regeneracionismo maurista late en su obra, como en la del propio Antonio Ballesteros —cuando ha de abordar los siglos XIX y XX en su densa *Historia de España* (tomos VIII y IX). Maurista fue también el mismísimo Sánchez Albornoz, y es curioso que su primer ensayo histórico publicado —en la prensa de su ciudad de Avila— fuese un estudio sobre la crisis de 1913, por sugerencia del que era entonces su maestro, Pío Zabala.

Desde luego, no es en el campo de la historia contemporánea donde se señalan en ese primer tercio del siglo, las cumbres a que me referí anteriormente. Pero con todo, este grupo de historiadores tuvo la virtud de escribir, con probidad y espíritu objetivo, sólo traicionado a veces inevitablemente por la proximidad del campo cronológico acotado, la historia política de la España inmediatamente anterior a la gran crisis de los años treinta; y durante mucho tiempo, ese campo que ellos desbrozaron no sería tocado por ningún otro historiador. Incluso se planteó ya por entonces otro campo que habría de esperar muchos años a una profundización sistemática: el estudio de los movimientos obreros.

Las consecuencias de la guerra civil, devastadoras para la universidad, lo fueron especialmente dentro de la universidad, para los humanistas. Por lo pronto, provocaron una dispersión que dejó vacantes gran número de cátedras. Aunque la corriente emigratoria había de traer, en cierto modo, felices consecuencias —la actividad, fecundísima, de Bosch Gimpera, de Américo Castro, de Sánchez Albornoz, de Pijoan, de Altamira, de Millares Carlo, por citar los nombres más descollantes, desplazados al otro lado del Atlántico (el caso de Salvador de Madariaga es diferente, puesto que ya tenía como una de sus residencias habituales el ámbito universitario británico; pero no retornaría a su país hasta 1976). Desaparecieron el Centro de Estudios Históricos y la Junta para Ampliación de Estudios, sustituidos por una nueva y ambiciosa institución que se proponía integrar todas las actividades culturales del país: el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se imprimió una profunda transformación a la organización universitaria; por lo tanto, apenas terminada la guerra, quedó suprimido el estatuto autonómico de la Universidad de Barcelona, y sólo clandestinamente subsistió el Institut d'Estudis Catalans. El 29 de julio de 1943, una nueva Ley de Ordenación Universitaria marca cauces y rumbos políticos y confesionales, con una explícita afirmación católica y nacional.

Junto al desmantelamiento material y legal, se había producido —y era lo más grave— el «condicionamiento ideológico», para los que nutrían los menudados cuadros universitarios de la llamada «nueva España». Se explica que, por lo pronto, fuesen las *disciplinas* cursadas en las Facultades de Filosofía y Letras las más afectadas por la pretensión «restauradora» del bando vencedor. No se trataba sólo de una ruptura con la democracia de la que se había salido, para marcar un *camino irreversible* hacia el futuro, purgado del supuesto «lastre» liberal; se trataba de amputar las tradiciones intelectuales que, llegadas hasta la guerra, se miraban, desde las omnipotentes alturas del Estado, como *deformadoras* de la línea tradicional de la verdadera España. La marcha de los estudios históricos hubo, pues, de verse profundamente afectada por las consignas jupiterinas que llegaban de arriba. El campo de investigación sobre la etapa contemporánea quedaría, por mucho tiempo, encerrado entre paréntesis o convertido en tendenciosa apoyatura política para los supuestos del nuevo Estado: tal sería el alcance de los primeros estudios sobre la guerra civil —la ambiciosa *Historia de la Cruzada*, redactada con toda clase de colaboraciones facilitadas por el Gobierno según orientaciones muy definidas, por el periodista Joaquín Arrarás, que ya en los días de la guerra había editado, en escogidos fragmentos y encorsetándolos con acotaciones intolerables, los diarios de Azaña que fueron robados en Ginebra a Cipriano Rivas Cherif, cuñado del presidente. También sería Arrarás, años más tarde, el autor de una *Historia de la II República*, de carácter sumamente tendencioso, y atendida tan sólo a los aspectos políticos, que en los años cincuenta constituyó un contraste regresivo respecto a la que, todavía en 1940, había logrado publicar, como espectador inteligente y equilibrado de aquella etapa tensa y conflictiva, el catalán Josep Pla —para ver su obra silenciada de inmediato.

Condenados por Franco, una y otra vez, los «cincuenta años de incuria y abandono» —un latiguillo inevitable en todos sus discursos—, tardaría en volverse sobre ellos con un mínimo de objetividad y de rigor metodológico. Pero algo similar ocurría con una centuria tan positiva para España como el siglo XVIII. En las conmemoraciones de «la victoria», en mayo de 1939, el Generalísimo había pronunciado unas frases apodícticas: «Tenemos que detestrar la frivolidad de un siglo. Que desterrar los últimos vestigios del espíritu de la Enciclopedia...». De hecho, y según la orientación que, en plena República, había animado la *contraofensiva intelectual* de los cenáculos de Acción Española, se trataba de «construir» una historia de España atendida a una imagen convencional y ditirámbica basada en el modelo «imperial» —el de los Reyes Católicos y los primeros Austrias—, y que sólo aceptaba como contrastación negativa y sin paliativos toda la etapa cubierta por la ilustración y el liberalismo en las tres últimas centurias, fundida en la calificación condenatoria y maniquea de la «anti-España». Recordar esta situación, que viví yo plenamente, como la vivieron los dos ilustres catedráticos en cuyo justo homenaje nos reunimos, es algo muy necesario a la hora de valorar el lento camino de recuperación verdaderamente científica, que la generación en

la que me incluyo hubo de recorrer para posibilitar esa segunda cumbre en plenitud en la que ahora, evidentemente, nos hallamos.

¿Cómo fue posible la recuperación a que aludo?

En primer término, mediante la objetiva seriedad del trabajo desplegado por los historiadores de la vieja escuela, que habían quedado, de este lado de las trincheras, al terminar la guerra civil. Se explica, desde luego, que durante algún tiempo, las áreas de investigación más expeditas —por menos conflictivas o amenazadas por la censura— fueran también las más alejadas de los antecedentes de la crisis nacional. Por ejemplo, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, los Institutos dedicados a Historia del Arte («Diego Velázquez») y al americanismo («Fernández de Oviedo»): regentado el primero por un maestro aún joven, Diego Angulo, pero que había de llevar a un plano de prestigio universal su fecunda labor de investigación al paso que formaba un nutrido grupo de discípulos que prolonga hoy, brillantemente, la línea de trabajo por él trazada; y pilotado el segundo por don Antonio Ballesteros y por don Ciriaco Pérez Bustamante: lanzado don Antonio entonces a la dirección, en equipo, de una notable historia de la América española, y a dos vertientes don Ciriaco entre el americanismo y la reconstrucción erudita de una fase crepuscular del gran siglo, la época de Felipe III; pero, sobre todo, orientador de una nueva etapa de la Biblioteca de Autores Españoles, que había de servir de plataforma libre para la reivindicación de nuestros siglos XVIII y XIX.

En segundo término, hubo algo fundamental que ennoblecería por sí solo la difícil situación de aquella empobrecida y aislada universidad de nuestra posguerra: me refiero a la pervivencia de cuanto, salvando el tremendo desgarramiento de 1936, suponía herencia y continuidad respecto a lo anterior, y que en todo caso, mantuvo los vínculos de solidaridad científica con los exiliados. De este espíritu solidario fueron exponentes los dos maestros citados —Ballesteros y Pérez Bustamante—. Pero la muestra más notoria y fecunda de él la daría la relación de Sánchez Albornoz con sus discípulos españoles. Si el gran investigador mencionado pudo llevar a cabo la hazaña enorme de convertir a Buenos Aires —su lugar de residencia desde 1940— en el más importante centro español de estudios medievales, pese a no existir prácticamente tradición alguna en la Argentina sobre este campo de investigación, es preciso no olvidar que ello se consigue gracias a la relación, nunca rota, del gran historiador con Luis García de Valdeavellano, con Angel Lacarra, con Juan Uría, con Vázquez de Parga. Ellos, entre otros, contribuyen eficazmente a proporcionar al venerado maestro, desde España, los fondos bibliográficos y las colecciones de fuentes precisas para la continuación de su magna obra —que además tiene por cauce una magnífica revista, los «Cuadernos de Historia de España», abierta tanto a los historiadores americanos como a los españoles, y europeos en general—. Caso similar al de Sánchez Albornoz y sus discípulos y amigos españoles es el puente que une a los arqueólogos catalanes —fundamentalmente, Luis Pericot— con Bosch Gimpera, el gran patriarca desplazado a México. La reanudación de la magna *Historia de España* cu-

yo plan y despliegue iniciara Menéndez Pidal en vísperas de la guerra civil, resulta ahora otra plataforma de encuentro y convivencia. En ella aparecerá uno de los grandes ensayos del insigne filólogo e historiador, sobre *Las dos Españas*, que provocó ya —claro signo de los tiempos— un revuelo escandalizado entre los maniqueos empeñados en el mito de la *España una* frente a la *anti-España*, según los dogmas oficiales; revuelo que alcanzaría pronto resonante despliegue en la polémica entre Laín Entralgo —*España como problema*— y Rafael Calvo Serer, atenido, en su *España sin problema*, al modelo más obsoleto e insalvable de Menéndez Pelayo.

En tercer lugar, la tradición del riguroso positivismo erudito permitió, de una parte, relativizar las exaltaciones convencionales de la «España imperial», a través de los trabajos, centrados en la época de los Austrias, de la que podríamos llamar «escuela de Valladolid», encauzada primero por Pérez Villanueva, y que prosiguió luego bajo el estímulo y la orientación de Vicente Palacio Atard. Esa misma línea de serenidad objetiva logró romper el hielo de las condenas implacables del siglo ilustrado, objeto ya de estudios de gran interés, antes de la guerra, por parte de Cayetano Alcázar. Alcázar, vinculado a los rangos ministeriales desde una dirección general, en los años cuarenta, era, sin embargo, uno de los hombres más liberales y generosos que yo haya conocido. El puso en marcha una escuela que podríamos calificar de reivindicativa, en la que formó en primer término Palacio Atard, y a la que se sumaría luego Vicente Rodríguez Casado, María Dolores Gómez Molleda, Antonio Betancourt, y luego un importante núcleo de la Universidad de Zaragoza a través de Carlos Corona Baratech. Antes de que llegara el estímulo «desde» el otro lado de la frontera, a través de Sarrailh, o de Herr, el dieciocho español había logrado salvar la marginación y la condena de los primeros tiempos.

En cuarto lugar, es preciso destacar la generosidad abierta de los intelectuales puros, procedentes incluso de la avanzada ideológica de la España triunfante y triunfalista en la guerra civil, que no podían renunciar a los valores literarios y filosóficos de la preguerra: Laín Entralgo ante todo, Díaz del Corral, Maravall, moviéndose en el campo de la historia del pensamiento y de la cultura, recuperaron el legado de las dos grandes generaciones del 98 y del 14, y esencialmente, la figura y los hallazgos, muy importantes para el historiador contemporaneísta, de José Ortega y Gasset: el estudio de las generaciones en la Historia, el llamado método histórico de las generaciones de aquel tiempo. En cierto modo dentro de ese campo produjo José María Jover su primer gran obra, *1635. Estudio de una polémica y semblanza de una generación*, que le definía ya como un fino humanista, aunando al rigor la sensibilidad despierta para captar el espíritu de un siglo español desde la élite de sus grandes pensadores y diplomáticos, y que apuntaba ya una de sus grandes dedicaciones posteriores, la de la historia de las relaciones internacionales.

Hubo, en fin, y sobre todo, a lo largo de toda esa difícil etapa, una cátedra de Historia Contemporánea Universal, en la Universidad de Madrid, regida por la figura extraordinaria de don Jesús Pabón. Aunque tardaría aún en

alumbrar su obra magna sobre Cambó, Pabón había trazado ya panoramas originales y brillantes sobre la historia política contemporánea, que por no incidir más que indirectamente sobre el tema español, le permitían una libertad y claridad expositiva impensables en los cursos de España contemporánea. Su ensayo sobre *Las ideas y el sistema napoleónicos*, destacable aun en la inmensidad de la bibliografía sobre el tema, fue un impacto para los que cursábamos entonces la carrera, como lo sería luego su excelente estudio *Bolchevismo y literatura*, insólito —dado lo espinoso del tema— por cuanto rompía con el tópico inevitable en aquellos años para cualquier aproximación a la Rusia bolchevique. El tratamiento de la historia contemporánea por Pabón era esencialmente antitópico. Estaba, técnicamente, alejadísimo del modelo de F. Almagro (que en 1951 acababa de plantear una oportuna revisión del canovismo).

En el despuntar de los años cincuenta entró en liza, finalmente, la problemática del siglo XIX español. Con criterios atentos al espíritu de la *España oficial*, un joven investigador, Federico Suárez Verdeguer, inició la revisión de las fuentes para el estudio de la historia política correspondiente a la época de Fernando VII y la crisis subsiguiente. Esta revisión permitió, de una parte, renovar la tradición historiográfica —procedente, como ya indicamos, con escasas aportaciones posteriores, de la cantera de Modesto Lafuente y de Pirala—, con un enriquecimiento documental muy importante; y de otra, «redescubrir» al carlismo como alternativa no exactamente identificable con la reacción sin horizontes encarnada por Fernando VII. Aunque en realidad los planteamientos de Suárez, prolongados a través de sus discípulos, definían una actitud tan unilateral como la que él denunciaba en la tradición historiográfica liberal, la obra de Suárez tuvo la virtud de abrir una polémica inconcebible en los primeros años de la postguerra. Partiendo de una posición que podríamos calificar de neoliberal, entró en liza uno de los grandes artífices de la historiografía contemporánea actual, Miguel Artola, que había estudiado en una brillantísima tesis doctoral el problema ideológico y político de los «afrancesados» españoles. Ya por entonces, junto a Artola se agrupaba un núcleo de jóvenes investigadores, enmarcados en su misma generación y en una línea esencialmente inconformista —entre ellos me encontraba yo mismo—. Este núcleo de estudiosos del siglo XIX contó con una excelente plataforma de trabajo, la biblioteca Ribadeneyra pilotada por Pérez Bustamante, y que, bajo la salvaguarda de la Real Academia Española, estaba excepcionalmente al margen de la implacable censura oficial. La llamada B.A.E. se había consagrado por entonces a reeditar autores de los siglos XVIII y XIX, puntos básicos para el conocimiento de aquella época histórica, encuadrando estas ediciones con extensos estudios que nos permitieron revisar la etapa conflictiva que había sido objeto de las execraciones franquistas desde el primer momento. Conservo, en la separata de uno de estos prólogos, debido al propio Artola, su dedicatoria redactada en estos términos: «A Carlos Seco, desde nuestra tribuna libre».

Poco después llegó el comienzo de la renovación metodológica, sólo posi-

ble en contacto —hasta entonces vedado— con la actividad historiográfica en los países europeos, Francia fundamentalmente. El despuntar de los años cincuenta trajo el deslumbramiento que supuso la obra de Braudel, *La Méditerranée...* La nueva concepción de la historia —relativamente nueva para los círculos intelectuales europeos— que la escuela de Annales desplegaba en esta obra culminante, precisamente relativa a un tema español y tópico en las corrientes triunfalistas de la «nueva España», implicaba una seria revisión de la época de los Austrias, desde su reverso económico y social, a lo que ya había apuntado de hecho la obra ciclópea de don Ramón Carande. Braudel, como Lapeyre, en su misma línea, se convirtió en foco atractivo para historiadores jóvenes, como Felipe Ruiz o Valentín Vázquez de Prada, que iniciaban la «salida a Europa» después del largo aislamiento impuesto por la guerra. Precisamente el IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en París en 1950, fue una fecha crucial para el derrotero de nuestra historiografía —a la larga, sobre todo, para la historia contemporánea—, a través de la receptividad y la inquietud organizadora de un gran historiador catalán, Jaime Vicens Vives. Vicens Vives, nacido en 1910, era ya una gran promesa en la Facultad barcelonesa anterior a la guerra civil. Centrado en los estudios medievalistas —según las pautas de su maestro Latorre— había realizado luego aportaciones de gran interés sobre la Cataluña del siglo XV —el proceso revolucionario de la época de Juan II, el problema de los remensas, y, en general, la actuación política de Fernando el Católico, rey de Aragón—. Catedrático de la Universidad de Zaragoza, primero, y luego de la de Barcelona, su excelente manual de *Historia moderna* tuvo un carácter modélico y amplia difusión en las aulas. Pero su asistencia al Congreso de Ciencias Históricas ya mencionado supuso un trance decisivo para la trayectoria investigadora y magistral de Vicens. «El Vicens que vuelve de París —ha recordado Jover, en su excelente estudio sobre *El siglo XIX en la historiografía contemporánea española*—, es un hombre que ha accedido a una nueva etapa de su biografía, enormemente fecunda y desdichadamente corta: apenas diez años que bastarán, empero, para marcar una poderosa inflexión en el desarrollo de la historiografía española. Como temática preferente, la historia económica y la historia social; como método principal, el estadístico». Y el propio Vicens Vives definiría, por lo demás, su aspiración —el logro de la llamada «historia íntegra»: «creemos fundamentalmente que la Historia es la Vida, en toda su compleja diversidad. No nos sentimos, por lo tanto, atados por ninguna prevención apriorística, ni de método, ni de especulación, ni de finalidad. Despreciamos el materialismo por unilateral, el positivismo por esquemático, el ideologismo por frívolo. Intentamos captar la realidad viva del pasado, y en primer lugar, los intereses y las pasiones del hombre común»; designio integrador que supera, asimismo, el repliegue hacia un reducido encuadramiento nacionalista; recuérdese la dedicatoria que encabeza su *Noticia de Cataluña* (1954): «A los catalanes y a los demás pueblos de España, el autor, con reverencia, dedica el esfuerzo y el trabajo, el amor y el respeto». Pero el viraje metodológico de Vicens Vives implicó, simultáneamente, una selección preferen-

cial por el mundo contemporáneo. En la *Historia social y económica de España*, que él dirigió imponiendo en sus volúmenes una total renovación «estructural» —y en la que colaboraron sus discípulos, Reglá, Mercader, Nadal, Giralt, entre otros— Vicens se reservó la parte correspondiente al tomo IV (*Burguesía, industrialización, obrerismo*), aflorando filones de investigación que luego habrían de ser concienzudamente trabajados por sus seguidores. Igualmente incitador fue, para el caso de Cataluña, su último libro, *Industrials y politics*, vertido al castellano con el título de «Cataluña en el siglo XIX». Quizá haya que achacar a Vicens una arriesgada tendencia a convertir en tesis lo que sólo podía ser considerado en muchos casos como hipótesis de trabajo; pero ello mismo suponía un estímulo para el ensanchamiento de inéditos caminos vislumbrados por el gran maestro, y seguidos por sus discípulos directos —véase el caso de la *Historia económica de España*, realizada en principio en colaboración por Vicens Vives y Jordi Nadal, y muy transformada en sus últimas ediciones por este último. La consolidación y el cultivo de estos campos abiertos por Vicens se produce, en buena parte, en otras universidades, la de Valencia, la de Madrid, y mediante una conversión decidida a la historia contemporánea, como en el caso del propio Jover, desde su inicial atención a los siglos XVII y XVIII. La apertura y colaboración de Barcelona con universitarios de otros círculos convergentes en la visión metodológica de Vicens, se hace presente en obras por él planteadas y programadas, como el conocido volumen que en sus primeras ediciones se tituló *Introducción a la Historia de España*, y en las últimas figura bajo el rótulo de *Historia de España*; obra en la que me cupo el honor de colaborar en el sector contemporáneo junto al profesor Jover; o como el memorable *Índice Histórico Español*, que contó con la escuela americanista de Sevilla polarizada por Guillermo Céspedes.

El impacto de la obra de Vicens se hizo notar de forma inmediata en todos los historiadores españoles, y especialmente a través de las consignas fulgurantes que él había trazado. En primer término, la atención preferente por la temática económica y social, y en segundo término la polarización hacia lo contemporáneo, y dentro de lo contemporáneo, hacia lo más inmediato y candente. (De Vicens es también la frase: «No nos interesa el paleolítico. Para nosotros, la Historia empieza en 1931»). Profesores que hasta entonces se habían consagrado al siglo XVIII, como el propio Palacio Atard, o como María Dolores Gómez Molleda, convirtieron en su objeto de estudio el siglo XIX; la apasionada atención por los problemas sociales del mundo contemporáneo acaparó tesis y tesis. En Barcelona me cupo, ya desaparecido Vicens —y perdonen la inmodestia de esta automención— recoger y canalizar las iniciativas por él lanzadas, en tres sentidos: aceptando el reto de trazar un cuadro de la España posterior a 1931, y que, dentro de sus indudables defectos y carencias supuso ya una actitud inconformista con las versiones maniqueas de aquel período histórico, al menos hasta donde me fue posible; abriendo camino, a través de mis alumnos, al estudio de la problemática obrera del siglo XIX, ya iniciado por Casimiro Martí, discípulo de Vicens; y alumbrando las espléndidas fuentes archivísticas que sobre la I Asociación Internacional

de Trabajadores conservaba la hasta entonces clausurada Biblioteca Arús; continuando en fin, bajo mi dirección, la importante tarea iniciada en el *Índice Histórico Español*.

Esta actividad mía trató de buscar un equilibrio con respecto a la historia política, de corte absolutamente nuevo, que por entonces había tocado una de sus cotas culminantes en la magna obra de Pabón, precisamente sobre tema catalán, *Cambó*. El «Cambó» de Pabón tuvo la virtud de llamar la atención, muy a tiempo, sobre la necesidad de salvar al hombre individualizado, en la avalancha de los estudios centrados en los movimientos sociales, y de reivindicar la biografía como género historiográfico, liberándola de la frivolidad anecdótica y convirtiéndola en punto de referencia para el planteamiento de una amplia problemática reflejada en las personalidades señeras que son a un mismo tiempo foco receptor de corrientes profundas de la sociedad de su tiempo, y estímulo configurador de esas mismas corrientes, desde su propia impronta personal. Ponía Pabón muy alto el listón para el que quisiera seguir su trayectoria —la de la historia humanista, apoyada en la introspección psicológica—; el modelo resultaba tan difícil de alcanzar, que no pocos, haciendo de la necesidad virtud, prefirieron volver la espalda a este camino, tachándolo de superado o de obsoleto. A juzgar por lo que hoy nos empieza a llegar, una vez más, desde «fuera», Pabón fue en realidad un adelantado al que le tocó navegar contra corriente.

Al hablar de la generación historiográfica que despliega sus actividades en las décadas, ciertamente extraordinarias, que siguieron —la de los sesenta y la de los setenta— entramos en esa culminación a que me refería al comienzo de mis palabras; culminación presidida por una indudable preferencia por el tema contemporáneo, yo diría que coetáneo. El nuevo auge de nuestra historiografía se produce, en primer término —tras el impacto y el magisterio de Vicens Vives— como una apertura cada vez más amplia a las corrientes metodológicas y a los centros universitarios franceses e ingleses. La modificación de la estructura de los tribunales de oposiciones, que trajo el Ministerio de Ruiz Giménez, permitió un cambio de panorama en las aulas.

En el caso de Cataluña, el nuevo ídolo —viejo amigo de Vicens— sería Pierre Vilar; su confesada adscripción a la escuela marxista, compensada por una impecable precisión en el sistema y el aparato crítico, preside su obra magna —una de las más deslumbrantes aportaciones a la historia española, en lo que va de siglo— *Catalogne dans l'Espagne moderne*, destinada a desplazar, como modelo, las pautas trazadas por Vicens, en el horizonte de las nuevas generaciones de universitarios barceloneses, hasta el punto de que bastó para consagrar a uno de los jóvenes valores que entonces trabajaban en su tesis doctoral, hoy catedrático de la Universidad Autónoma barcelonesa, el simple hecho de que Vilar mencionase su nombre en una de sus páginas. Con otro estilo, más volcado a la «definición política» o al «compromiso», ejerció un papel atractivo, y supuso un vigoroso estímulo para los estudios de historia social, a través de los coloquios de Pau, el infatigable Manuel Tuñón de Lara. Pero en esa década de los sesenta que —en todo el mundo culto— registra

una espléndida floración de escuelas metodológicas y de caminos de investigación, no es solamente el horizonte francés el que mantiene la nueva apertura de los cenáculos españoles hacia el exterior. En Inglaterra, y centrándose concretamente en los estudios sobre la «baja edad contemporánea», se convierte en maestro de un espléndido plantel de historiadores españoles, procedentes de la cantera universitaria madrileña, Raymond Carr, desde los claustros de Oxford. Yo diría que la característica del grupo de Oxford reside en una más perfecta integración de las diversas facetas del acontecer histórico. Sin atenerse al sistema diacrónico, muy preconizado en Francia, y problemático siempre para un mejor entendimiento del real discurrir de la vida en todas sus manifestaciones, los jóvenes historiadores de esta escuela han sabido equilibrar, armonizándolos, los factores políticos, sociales, económicos y culturales, superando definitivamente lo que en los primeros tiempos del tardío deslumbramiento de la escuela de Annales se tradujo, de hecho, en un neopositivismo, y entiendo por esta expresión un positivismo vuelto del revés. En efecto, los viejos historiadores como Zabala o como Ballesteros no descuidaron nunca, en realidad, el estudio de lo que entonces se llamaba «historia interna»; simplemente iniciaban sus exposiciones con un minucioso cuadro político, al que seguía el estudio de las instituciones, de la economía, de la sociedad, del arte, de la literatura. Los neopositivistas de los años cincuenta se limitaron a invertir los términos, primando los condicionamientos económicos y sociales y siguiendo con los planteamientos institucionales para terminar con la evolución política. Creo que la escuela de Oxford ha sabido fundir los diversos ingredientes de la construcción histórica, permitiendo una visión mucho más clarificadora y exacta, al mismo tiempo que —avanzando hasta lo que es propiamente crónica de nuestro tiempo— han sabido situarse siempre en un ángulo de visión más equilibrado y objetivo que el de los que podríamos clasificar como adscritos a la «escuela francesa» —la de Pau.

El impacto de los hispanistas norteamericanos —Jackson, Payne, entre otros— se ha centrado más bien en los aspectos políticos en torno a la vertiente más conflictiva de la historia próxima, la que tiene por eje la guerra civil. Pero, por su arraigo concreto en Norteamérica, conviene subrayar aquí el brillante papel de un español convertido en maestro y definidor, desde los Estados Unidos; me refiero al profesor Juan Linz, sociólogo eminente e impulsor de toda una generación de historiadores españoles especializados en la sociología electoral, que ha dado ya frutos espléndidos —bien en estudios planteados a nivel nacional, o bien en análisis aún más pormenorizados, a nivel regional o local—. Y de Norteamérica vendría también la difusión cada vez más amplia, de las nuevas tecnologías, capaces por sí solas —en el mundo sin fronteras del ordenador—, de multiplicar los horizontes de la investigación histórica.

Nuevas metodologías, nuevas técnicas han permitido, a su vez, una diversificación de los campos de trabajo, e impulsar decisivamente el estudio de los grandes procesos económicos y sociales. En el campo de la estricta historia económica, con el rigor característico de sus facultades propias, muy lejos

ya de los tanteos e improvisaciones de primera hora, y según las pautas marcadas por el método cuantitativo (los modelos cuantitativos explican un fenómeno histórico estableciendo relaciones entre variables cuantificables: la precisión de las cifras permite una formulación unívoca de la relación supuesta). Desde la vertiente social, y aflorando en notables «calas» por regiones o por provincias, abordando el ciclo de las desamortizaciones o los balances de sociología electoral a que acabo de referirme; o los estudios de estasiología, muy relacionados con lo anterior. Y, en fin, el estudio de las mentalidades (concepto sobre el que todavía son muy necesarias precisiones conceptuales de base). O —novísima actividad en relación con un nuevo brote de centros universitarios— la *historia de la comunicación social*, que rebasa por supuesto lo que muchos entienden como historia de la prensa o —lo que es peor— como historia de los periódicos.

Es, pues, brillante y esperanzador nuestro panorama actual. Pero no quisiera yo quedarme en una consideración beatíficamente optimista: deseo referirme ahora, más bien, a los peligros que pueden enturbiar tan claro despertar. He subrayado, al referirme a las características del primer tramo ascendente de comienzos de siglo —el de los medievalistas— a su espíritu solidario, a su generosa disposición al diálogo con el colega, nunca contemplado como rival. Pienso en el caso de los filósofos que acudían a escuchar a Ortega o a Zubiri sin sentirse disminuidos por ello; o en los historiadores que frecuentaban el seminario de Menéndez Pidal o de Sánchez Albornoz. Pienso en su auténtico liberalismo ideológico —un liberalismo según la clásica definición de Marañón, que aceptaba la posibilidad de que la razón estuviera en el adversario—. Pienso, sobre, todo, en lo que supuso, para los historiadores que vivieron la gran crisis —Vicente Palacio y Jover, en primer término— la humilde y fecunda labor de autoperfeccionamiento, de reciclaje de las propias perspectivas y de los propios métodos; y sobre todo, la serena apertura a las ideologías de todo signo, siempre que ellas no aparezcan como condicionante deformador de la obra a realizar. Ahí está la espléndida labor que Jover viene realizando como director y continuador de la magna *Historia de España* iniciada hace medio siglo bajo los auspicios de Menéndez Pidal, y que reemprendió el camino con el mismo espíritu abierto que tuvo en su origen, convertida en plataforma democrática de coincidencia intelectual para historiadores de todas las escuelas y de todos los credos políticos.

Ese espíritu abierto supone, en primer lugar, respeto a las diversas definiciones metodológicas. Yo presencié lo que fue el «adanismo» de la escuela de Vicens, que —en sus discípulos, más que en él— tendía ya a cerrarse en un desdén sin réplica hacia los historiadores que aún no habían descubierto el llamado «método estadístico», sin salvar a los que simplemente se clasificaban como pertenecientes a la «escuela erudita» si eran demasiado respetables internacionalmente, como el mismísimo don Ramón Menéndez Pidal.

Siempre he creído que cada empresa historiográfica requiere una metodología adecuada, y que no cabe aplicar el ordenador a todos los temas de investigación posibles. La pregunta esencial que el historiador ha de hacerse es qué

fin persigue al investigar sobre el pasado. Con un criterio humanista, diríamos que ese fin apunta, en último término, a la profundización en el conocimiento del hombre: la historia lo aborda en su dimensión temporal, lo aborda en el pasado. La famosa respuesta de Febvre a quien le interrogaba sobre metodología —«No me habléis de método; método es el hombre»— creo que lo dice todo en este sentido. Ahora bien, el hombre no es sólo un ser gregario, no es sólo el hombre masa condicionado exclusivamente por los problemas económicos o por las urgencias materiales; interesante únicamente a través de las manifestaciones de una mentalidad colectiva. El hombre individuo ha sido siempre, por sí solo, a través de sus cotas cimeras, un motor de la historia. La recuperación de la biografía —como concreción de un clima social—, según la entendió Pabón en España, y más recientemente la han entendido, entre otros, Fest, en Alemania, Lacouture en Francia, es algo cada vez más urgente en nuestros medios universitarios.

En todo caso, la historia objetiva supone un despliegue o un enriquecimiento continuo de perspectivas, pero partiendo de niveles ya previamente adquiridos. El viejo maestro Huizinga decía, con una definición muy simplista, que la Historia es un rendimiento de cuentas del pasado. Y cabe completar tal definición añadiendo que ese rendimiento de cuentas del pasado se repite ante cada generación, desde un mundo de circunstancias y de incitaciones nuevas, provocadas por la realidad —objetiva y subjetiva— desde la que el historiador formula sus preguntas. Las respuestas ensanchan el horizonte ya vislumbrado, pero rara vez lo transforman radicalmente. Las nuevas técnicas, el nuevo utillaje metodológico permiten ganar tiempo, incidir en terrenos antes inasequibles, enriquecer el cuadro ya bosquejado. Pero la vieja herencia de la historia clásica, que ha llegado hasta nosotros, no es un valor obsoleto a rechazar. La solidaridad entre los investigadores ha de producirse en un doble sentido: horizontalmente, como abrazo generoso a todas las parcelas de investigación coetáneas, a todos los matices subjetivos de perspectiva; en sentido vertical, recogiendo y matizando lo que otros hicieron antes que nosotros. Es este el horizonte que para la brillante historiografía de nuestro tiempo yo quisiera ver purgado de las intransigencias —ideológicas, metodológicas, «de escuela»— que hoy por hoy me inquietan: esos encasillamientos endiosados y pedantes de cada «nueva ola».

La esperanza, en todo caso, tiene mayor peso, por fortuna, que la inquietud; este mismo acto que ahora nos reúne, viene a redoblarla.